



"Vida y muerte del fantoche lusitano", de Weiss-Buenaventura, por el TEC de Colombia.

en el ámbito del subdesarrollo y la colonización económica. Con cuya afirmación entramos ya en el otro punto: el de las relaciones entre compromiso ideológico y hecho artístico, entre militancia política y teatro, temas éstos que, contra lo que pudiera deducirse de un examen apresurado de ciertos montajes del TEC, preocupan muchísimo a Enrique Buenaventura por entender que encierran las causas de la pobreza estética de tanto teatro conceptualmente de la izquierda.

En este sentido, una reunión de Buenaventura con representantes de diversos grupos madrileños —a la que asistió también Carlos José Reyes— me pareció sumamente clarificadora. En Colombia llevan años en los que no ha sido problema el hacer un teatro de definiciones revolucionarias. El proceso de este teatro político, inicialmente importante por lo que tuvo de rechazo de un teatro banal y de conciencia de la relación entre la escena y la realidad social, ha dado luego pie a incontables errores, el teatro de las ilusiones revolucionarias —enfermedad de minorías intelectuales y de dirigentes polí-

ticos por la que pagan hoy todos los pueblos del Cono Sur—, cada vez más alejado de las opciones concretas de la vida colombiana. De ahí esa insistencia de Enrique Buenaventura en decir que, si bien es cierto que toda representación teatral comporta una ideología, los términos no son sinónimos, tanto porque de una ideología estimada correcta puede salir una obra de arte espantosa, como porque el arte debe, en principio, cuestionar las hipótesis ideológicas, hacernos avanzar en el conocimiento del hombre en lugar de remitirnos a la autoridad de las ortodoxias.

El San Juan ha llenado su teatro en todas las sesiones. Durante tres días se ha respirado un clima que estaba más cerca de un festival latinoamericano que de la abulia dominante en los teatros madrileños. Es seguro que hubieran hecho falta más días y más información sobre la realidad colombiana para evitar juicios epidérmicos. Aun así, una cosa puede decirse: el TEC se ha multiplicado —con el incansable y entrañable Buenaventura al frente— para aprovechar el tiempo y unir a los cuatro títulos pre-

sentados cuanto pudiera ayudar a transmitir su método y su condición de grupo comprometido con la creación de un teatro de liberación popular y no por ello —sino al contrario— desentendido de los problemas de la creación artística y de la necesidad de luchar contra el dogmatismo... ■ JOSE MONLEON.

El Young Vic, en el María Guerrero

Acabando su temporada, el María Guerrero ha presentado a la Young Vic Company en su versión de "Rosencrantz y Guildenstern han muerto". La obra, de Tom Stoppard, armó cierto revuelo en los últimos años de la década del sesenta —en Londres se estrenó en el 66—, sin que en España fuéramos más allá de la edición por "Cuadernos para el Diálogo" en una traducción de Alvaro del Amo.

La compañía —oficial— trabaja fundamentalmente para públicos juveniles, lo cual entraña la selección de obras de un cierto peso cultural y el planteamiento de montajes poco aparatosos, pero dotados de humor y de frescura. "Rosencrantz y Guildenstern han muerto" se presta perfectamente a ello. Además de ser un texto valioso en sí mismo, supone una incursión en el "Hamlet", de Shakespeare, del cual es una consecuencia y, a la vez, un instrumento para su mejor comprensión.

La idea de Stoppard es obvia. Se trata de mostrar la tragedia desde la perspectiva de dos personajes secundarios, que, sin embargo, acaban figurando en la lista de los cadáveres shakespearianos. Mantenido constantemente en escena, ante los ojos de Rosencrantz y Guildenstern aparecen retazos de la fábula shakespeariana, rigurosamente respetada por Stoppard. Lo que la versión de éste nos descubre es que se trata de dos personajes marginales, que nunca saben exactamente lo que sucede ni por qué están allí, y que, sin embargo, encontrarán la muerte en un juego que en absoluto es el suyo. El hecho de colocarlos en el centro de la obra basta para descubrir la distancia que los separa de los héroes, y, por tanto, la falsa perspectiva con que estos últimos, cuando son ellos los protagonistas, incorporan a su tragedia la muerte de personajes que no guardan ninguna rela-

ción con aquélla. En la obra de Stoppard, por decirlo con otras palabras, Rosencrantz y Guildenstern "pierden el tiempo" y se quedan en figuras "disponibles" para morir cuando la fábula principesca lo solicita. Exactamente igual como ha sucedido tantas veces en la Historia.

Tendríamos, pues, una pieza que aúna su interés como tal a su relación con "Hamlet" y a su carácter crítico. Si en España no se ha estrenado supongo que sería porque se teme, muy razonablemente, que conozcamos poco a Shakespeare y, por tanto, que nos falte capacidad para establecer el paralelo tácito que la obra solicita.

Decir que el Old Vic ofrece un montaje sencillo y una interpretación impecable es aludir a las características de la compañía y a un mérito nada raro en la escena inglesa. Obviamente, director y actores participan en la diversión de contemplar a uno de los más gloriosos monumentos nacionales desde un lugar secreto e imprevisible. Supongo que casi todos ellos habrán intervenido en algún "Hamlet", aparte de verlo en numerosas ocasiones. Ahora es como si lo interpretaran y, a la vez, lo vieran desde el mismo escenario, dentro de unos mecanismos —por la misma estructura de la obra y al margen de cualquier distanciamiento elaborada por la puesta en escena—, que nos remiten a las peticiones más rigurosas del teatro épico.

En todas las funciones, el María Guerrero se ha llenado de un público de habla inglesa y de un sector de profesionales. ■ JOSE MONLEON.

CINE

Madrid, sin cines

Ciento cincuenta y nueve locales cinematográficos han estado cerrados el último fin de semana en Madrid. Un cartel señalando que ello se debía a una "huelga laboral" aparecía adornando las taquillas. Sólo veinte locales abrieron sus puertas: los correspondientes a la única cadena de exhibición que había aceptado las reivindicaciones laborales de los empleados. Reivindicaciones básicamente razonables en tres puntos: un au-